

ECA

Revista de Orientación y Cultura, Dirigida por los PP. Jesuitas de C. A.

Año X

San Salvador, Centro América—Noviembre de 1955

Número
99

ORIENTACION

Los intelectuales y su misión

El 24 de Septiembre, el Gobierno de la República de El Salvador comunicaba a todas sus representaciones consulares y diplomáticas la triste noticia. Esa mañana a los 91 años de edad había fallecido el Mtro. Francisco Gavidia, el poeta laureado y el llamado Patriarca de las Letras Centroamericanas. En la sección de "Hechos y Glosas" de este mismo número de la revista podrán leer nuestros lectores una breve reseña bibliográfica del intelectual desaparecido en espera de un trabajo más completo de su actuación y significación en la cultura ismeña.

Al tiempo en que estamos redactando estas líneas las ondas de la radio nos han traído la noticia de que otro intelectual de gran influencia en la juventud universitaria de aquende y allende los mares, Ortega y Gasset, se está debatiendo entre la vida y la muerte a sus 73 años.

La muerte del uno y la enfermedad del otro nos presentan la ocasión de escribir unas líneas sobre el tema de los intelectuales y su misión que no creemos ajenas a la etapa de superación en todos los órdenes, incluso del intelectual, en que han entrado nuestros países.

LOS INTELECTUALES IZQUIERDISTAS

Muy atrás quedan ya los llamados filósofos franceses de la Enciclopedia tan desacreditada hoy en día; pero creemos que ellos son los responsables de la aparición de esta categoría antes desconocida en la historia de la cultura: los ilustrados, los intelectuales. No es que antes no los hubiera y potentísimos, pero según los corifeos del filosofismo habían tenido la mala fortuna de nacer en un mundo en el que la razón había seguido las directivas de la fe. Para ellos sólo era filósofo, intelectual, el hombre que hacía caso omiso de los datos de la revelación y se atenía únicamente a las luces de su propia razón. Despuntaba el siglo de las luces de la tierra con pretensiones de apagar las del cie-

lo, y aparecieron los intelectuales, una verdadera proliferación de ellos. Desde los primates pueblerinos que pedían al predicador de campanillas hablase en filósofo, desde los maestros de escuela que miraban por encima del hombro al párroco y se desdénaban de atender a sus explicaciones catequísticas, hasta los "profesores" de Enseñanza Media y Universitaria, el periodista o el escritor que en la cátedra, el casino, el Ateneo, la Institución, el diario o el libro iban exponiendo "su libre pensamiento" con un dogmatismo tal que no daba lugar ni prestaba importancia a ningún otro. Sólo al suyo sin molestarse en exponer sinceramente ni en refutar razonadamente el contrario.

Todo el mundo latino ha conocido y padecido este tipo de intelectuales del que todavía quedan ejemplares, con sus características de izquierdismo, autosuficiencia, exclusivismo, y por lo general más literatura que ciencia, más divulgación que investigación, más prejuicio e ignorancia acerca de quienes no comulgaban con ellos que serena imparcialidad y razón. Muchos de la generación llamada del 98 en la Madre Patria y de la Institución Libre de Enseñanza nacida a su calor, pertenecieron a este tipo y han influido en Hispanoamérica.

En este punto no hemos de silenciar la parte que en el intelectualismo izquierdista ha tenido y pretende seguir teniendo la Masonería. Masones fueron los filósofos franceses, masones los fautores de la Revolución francesa y los propagandistas de su espíritu entre nosotros. Entre las directivas emanadas de la Masonería se encuentra la del mutuo apoyo entre los miembros del intelectualismo izquierdista conjuntamente con la del silenciamiento de los valores católicos. No precisamente atacarlos; más táctico es suprimirlos, quitarlos de la vista y privarlos, por lo tanto, de su ejemplaridad. Un ejemplo lo tenemos en las consignas de la Masonería Internacional con ocasión de la guerra civil española y conocida ya en 1937. Una era la de procurar, a ser posible, una paz negociada; otra de ir borrando el signo católico de la España Nacional; la tercera valerse de la táctica de exaltar en toda ocasión los valores intelectuales de las izquierdas y guardar silencio acerca de los intelectuales católicos.

Los resultados de esta táctica los experimentamos cada día en este y otros asuntos. En algunas de las más recientes Historias y Diccionarios de la Literatura española moderna y contemporánea, se silencia, como anota un crítico literario, a los literatos católicos de este y del pasado siglo o se les regatean los elogios, si se exceptúan unos pocos a quienes por bien parecer no se les hubiera podido pasar en silencio. A menudo ni aun aparecen los nombres v. g.: de Fernán Caballero, Trueba, Clavarana, Navarro Villoslada, los Nocedales, Amos Escalante, Enrique Gil, Gabriel y Galán, Luis Coloma, Milá y Fontanalls, Pedro Antonio de Alarcón, Palacio Valdés, Pérez Lugín "Curro Vargas", Mella, Costa y Llobera, Muñoz y Pabón, López Picó, Coll y Vehí, Tamayo y Baus.

Un ilustre prelado español nos cuenta una anécdota interesante por lo generalizado que hubiera podido ser y por lo significativa de la descuidada facilidad con que los católicos nos dejamos llevar de lo corriente, que no siempre coincide con lo verdadero y lo justo, aun en contra de nuestros mismos intereses. Visitaba este prelado una de las Universidades Católicas de América y como noticia grata a un huésped español le dijeron que funcionaba en ella una cátedra de literatura española con buen número de alumnos y alumnas. A sus preguntas sobre programas y prácticas vino a escuchar que fuera de los temas generales, se dedicaban especialmente a leer y comentar a Ortega y Unamuno como si fueran los escritores más representativos de la moderna España literaria. Es decir, que la España católica, en una universidad Católica, estaba representada por dos heterodoxos.

Para los católicos, casos así nos son vergonzosos, pero tenemos nuestra parte de culpa por no emplear aquella solercia que el Señor alaba y no la ve en los hijos de la luz en la misma medida que en los hijos de las tinieblas. (Luc. 15, 8).

Materia interesante para un estudio podría ser el de las causas del fenómeno aludido. Por ahora nos contentaremos con anotar que el intelectualismo izquierdista ha perdido mucho del monopolio que se había arrogado. Hasta se ha podido escribir más de un libro de conversiones recientes de intelectuales. Cf. "Hombres que encontraron a Cristo" Ed. Studium, Madrid, 1954. Fenómeno debido parte al progreso mismo de las ciencias, parte al ruidoso fracaso de sus tendencias patentizado en las dos guerras mundiales, el advenimiento del comunismo y los temores de una tercera guerra mundial más terrible que las anteriores, parte a un clima de mayor comprensión y acercamiento que han traído desgracias y anhelos comunes, la facilidad de comunicaciones y el hábito de pensar y obrar en dimensiones internacionales. A todo lo cual se añade, sobre todo desde León XIII, la reviviscencia de la ciencia católica y la participación de personalidades católicas cada vez más destacada y a veces de importancia crucial en todos los ramos de la actuación humana, especialmente en la social y política.

LOS INTELLECTUALES CATOLICOS

El movimiento organizado partió de la juventud universitaria después de la primera guerra mundial en Friburgo, Suiza, sede de una de las más ilustres Universidades Católicas con que cuenta la Iglesia. Allí se constituyó el año 1921 con el nombre de PAX ROMANA la Asociación Internacional de los Universitarios Católicos con el fin de coordinar la acción de las diversas Federaciones nacionales en un cuadro internacional y en interés de todos los pueblos para trabajar por "la paz de Cristo en el reino de Cristo".

Pax Romana era un principio. Equivalía a levantar la bandera de un auténtico cristianismo en los claustros universitarios, demostrando de una manera vital en los mismos focos de la intelectualidad que ésta no estaba reñida con la fe, antes en profunda armonía preparando el camino racional a ella y recibiendo a su vez orientación segura y una última respuesta a sus investigaciones. Naturalmente al poco tiempo se despertó el deseo de formar una asociación parecida de diplomados que con derecho pudiera considerarse como la Asociación de los intelectuales católicos. Este deseo fue una realidad bastantes años después, el de 1947, apenas pasada la segunda guerra mundial, en el Congreso de Pax Romana celebrado en Roma.

La nueva asociación íntimamente ligada al nombre de Pax Romana y a la asociación universitaria, es sin embargo independiente y distinta de ella, regida por un reglamento propio que fue formulado por los mismos delegados en las importantes jornadas del 9 al 14 de Abril de 1947. Hoy tiene el rango de Organización Internacional Católica perteneciente al grupo de las demás (O.I.C.) con el nombre de Pax Romana. Movimiento Internacional de los Intelectuales Católicos (M.I.I.C.) con la sede central en Friburgo, 13 rue Saint Michel, Suiza.

Repasando la lista de las Organizaciones Católicas Internacionales (Cf. ECA, 1955, p. 131) nos encontramos con algunas otras, además de la citada, que agrupan a intelectuales católicos por razón de su especialidad. Está la Unión mundial de Educadores católicos, 3 via della Conciliazione, Roma, Italia, La unión mundial de sociedades católicas de Filosofía, 1, place Georges-Phiton, Friburgo, Sui-

za, La Unión Internacional de periodistas católicos 163, Ave. Pierre Brossolette, Le Perreux, Seine, Francia, La Unión Internacional de Estudios Sociales, 80, rue des Deux-Eglises, Bruselas, Bélgica, La Federación Internacional de Universidades Católicas, 120, vía del Seminario, Roma, Italia.

La unión hace la fuerza. A los católicos nos hace falta conocernos, unirnos y obrar comenzando por el buen ejemplo de una vida integralmente cristiana y siguiendo por el ejercicio concienzudo y leal de la profesión de cada cual. El conocimiento y la unión ha de comenzar por los más próximos, por los de cada región y nación. En algunas naciones funcionaban ya Asociaciones nacionales de intelectuales católicos, además de otras que los agrupan según sus diferentes profesiones, médicos, ingenieros, etc. Recordamos v. g. la "Catholic Commission on Intellectual and Cultural Affairs" de EE. UU., la alemana que celebró su primer congreso en Limburg el año 1951, cuya sesión de apertura presidió el secretario de Estado Dr. Lammers, presidente de los Académicos Católicos Alemanes, El "Centre Catholique ds Intellectuels Francais" 61, Rue Madame, Paris VI, la "All India Catholic University Federation" (A.I.C.U.F.), la reciente asociación de Intelectuales y Profesionales católicos de Cuba.

El movimiento ha llegado también a Centroamérica. Un grupo de jóvenes intelectuales católicos hace tiempo actúa en Nicaragua. Con mucho gusto leímos en ECA, 1950, Junio, p. 13 la relación sobre la asociación "Defensa Nacional de Principios Cristianos" en Costa Rica, en cuyo programa figura la de formar grupos de profesionales. Guatemala nos dió el ejemplo de la primera agrupación universitaria católica, la JUCA; siguió la ACUS de El Salvador y en esta misma república el día 7 de Marzo de este año, fiesta de Santo Tomás de Aquino, después del acto celebrado en su honor por la sección universitaria en sus locales, se pasó a la fundación de la Asociación de Intelectuales católicos salvadoreños con la elección de su Junta directiva y el acuerdo de dirigirse al Secretario General en Friburgo solicitando su incorporación al Movimiento Internacional de Intelectuales Católicos.

LA MISION DE LOS INTELECTUALES

Todo intelectual si es digno de tal nombre, aunque trabaje en el silencio de su gabinete o de su laboratorio para si sólo, en cualquier campo del saber en que emplee su actividad intelectual, debe ir tras la verdad y tan sólo la verdad. La verdad es el objeto propio del entendimiento. Y entonces hay verdad en nuestros juicios cuando ellos están acordes con la realidad de las cosas como son en sí mismas.

Se ha llamado nuestra edad "la de la gran mentira", "la de la mentira a sabiendas, organizada e impuesta". Por lo tanto la misión del intelectual, in-crustada en su cualidad de tal y por lo mismo la primera, debe ser la búsqueda o investigación de la verdad, sin rechazar de antemano ningún campo ni ningún camino honesto por donde podamos llegar a ella. Luego de captada la verdad se impone el conformarse con ella en la práctica y dar testimonio de ella.

En este punto es notable la insistencia de S. S. Pio XII, en las muchísimas veces que se ha dirigido a universitarios e intelectuales, con que recalca le idea de que el católico no teme nada de la investigación de la verdad, en cualquier campo que sea, en oposición a las verdades de la fe, y esto por una razón muy evidente, porque uno mismo es el autor de las verdades naturales y sobrenaturales, Dios, que no se puede poner en contradicción consigo mismo.

Los intelectuales por sus conocimientos y por su profesión están llamados a ejercer un poderoso influjo en la sociedad. Así ha sido siempre y así lo será en adelante. Creían no pocos ilusos al advenimiento del comunismo que el predominio intelectual estaba llamado a desaparecer ante la avasalladora corriente de la masa y el trabajo. Ha sucedido lo que no podía menos de suceder. El intelectual ha vuelto a flotar como el aceite y es cosa sabida el empeño hasta infantil con que los comunistas rusos se quieren adjudicar los primeros puestos entre los vanguardistas de la investigación científica del mundo entero.

Esta destacada posición del intelectual en la sociedad le impone especiales deberes para con ella de guía a la verdad y el bien. El cristiano tiene un jaro esplendorosísimo e inextinguible en el intelectual por excelencia y a la vez Salvador de toda la humanidad, la Sabiduría divina revestida de nuestra naturaleza humana, Jesucristo, que con plena conciencia de quien era no se arrodaba de proclamarse La luz del mundo (Jo. 8, 12), el único Maestro de autoridad absoluta (Mt. 23, 8), la roca viva destinada a resistir los embates de las más arrolladoras corrientes que se llevarán consigo cuantas construcciones se levanten fuera de ella como fundamentadas sobre movediza arena (Mat. 8, 24-29).

Toda pretendida ciencia en contradicción con la de Dios que se nos muestra por la razón y la revelación no es tal ciencia y por lo mismo está llamada al fracaso. Los pueblos sentirán comezón de oídos por escuchar a ciertos maestros en proporción a como se vaya debilitando la del Maestro por excelencia, pero a la postre se convencerán de que han corrido tras fábulas y quedarán confundidos (2 Tim. 1-5). En estos maestros vemos cumplido lo que provocaba la amenaza del Señor contra los considerandos intelectuales de su tiempo: ¡"Ay a vosotros leguleyos porque os habéis alzado con la llave de la ciencia y ni vosotros entráis ni a los que vienen los dejáis entrar"! (Lc. 11, 52).

En un reciente artículo de R.E.B. Young "El ocaso de los iconoclastas" (Ateneo, n. 85) se hace inventario de la labor realizada por hombres tan representativos del habla inglesa como Shaw, Wells y Russell. Han hecho literatura, pero no han construido nada. Se les compara a los castores. Como ellos en los árboles, los tres se han dedicado a roer los cimientos de la cristiandad que aún quedaba en Inglaterra y han medrado a costa de sus lectores para dejarlos defraudados "en un abismo de absurdas teorías" (Shaw), con la predicción del fin de la raza humana, raza suicida por su gigantismo (Wells) o definiciones de filósofos y Filosofía como estas: "Los filósofos son una pandilla de estafadores", "Ciencia es lo que se sabe y Filosofía lo que no se sabe". En lo que concuerda con otro intelectual tenido por filósofo, Ortega y Gasset, que se define a sí propio cuando dice que el filósofo es "un naufrago integral". ¡Qué lejos estamos de la seguridad incommovible que de sí proclama Jesucristo y con El presenta su Iglesia y a su mirada ha podido obtener y sostener la Filosofía dentro del cristianismo!

En el presente desbarajuste de ideas, lucha de dos mundos y dispersión de conocimientos, cabe otra misión al intelectual católico que goza de la luz pura y fija de la revelación como de estrella polar de su propia razón para no desviarse. Esta misión consiste en buscar a la luz de los principios cristianos las soluciones a los problemas con que se debate el mundo moderno y en propagar aquellos principios.

Recetas no faltan. Están la científica y artística, la tecnológica, la política, la pura espiritualista. Creemos con Adolfo Mailló en otro artículo parecido al arriba citado e intitulado "El ocaso de las personalidades ilustres" (Ateneo, n.

86), que "cualquier enfoque particularista que fije un propósito de renovación, por tímido que sea, a la acción de uno solo de estos medios o a todos ellos, pero sin la debida implicación y coordinación mutua, queda condenado a la esterilidad". Si fracasó la Institución Libre de Enseñanza y la generación del 98 fue por el espíritu individualista de clase cerrada y sobre todo porque se situó al margen del Catolicismo que no sólo es la Verdad sino también la única eficaz ligadura comunitaria que tienen los españoles, como proclamó Menéndez y Pelayo. Algo parecido se puede repetir de nuestros pueblos hispanoamericanos.

Entre lo natural y sobrenatural, como muy bien advierte Maritain con toda la Teología Católica, no hay en el cristiano separación o rotura sino una íntima y fecunda cohesión y armonía. Los católicos, y especialmente las personas representativas de la cultura en el catolicismo, no deben contentarse con mantenerse a la defensiva sino pasar al trabajo positivo de la reorganización de la sociedad en todos sus aspectos comenzando por vivir cristianamente su propia vida.

A la crisis intelectual ha seguido naturalmente la crisis moral. Perdido el Norte orientador, individuos y pueblos, ciencia y acción van a la deriva. A los católicos y de manera especial a los intelectuales católicos, no se cansa de repetirlo S. S. Pío XII, toca el trabajo de coordinar y unificar conocimientos y empresa a la luz de la Verdad y al calor del Amor de Dios de que han sido hechos participantes por la fe y la gracia para la estructuración de un Mundo Mejor en el que el hombre vuelva a encontrarse tranquilo en lo individual, nacional e internacional y pueda así labrar su felicidad de cara al destino eterno para el que ha sido creado.

